

le arrastraba. Le parecía oír constantemente una voz desconocida, que le gritaba al oído: «¡No se realizarán tus sueños; tu gloria se eclipsará!»

En esa especie de batalla producida por la calentura, se confundía con su padre; René tomaba la figura de su madre, y le torturaba como la *otra* torturó al pobre ciego.

En su corazón rebosaba el odio, y las venas de sus sienes parecían querer estallar. El sueño llegaba á su cerebro, no para proporcionarle el reposo, sino para producirle una especie de congestión. La fantástica figura que invadía su cerebro, crecía y se agrandaba, tomando tal magnitud, que parecía no tener fin. Se agitaba en su lecho, buscando la frescura de las ropas y huyendo del calor que le producía su misma calentura. Á pesar de cerrar los ojos para no verla, no desaparecía de ellos la visión que distinguía en la obscuridad, agitándose de un lado para otro, haciendo fantásticos visajes.

Todos estos delirios se presentaban á sus ojos como una espantosa borrasca en medio del mar, pareciéndole oír una voz, que le gritaba:

—¿De qué sirven tantos trabajos, desvelos y sacrificios, si todo ha de estrellarse ante el capricho de una infame mujer, ante la nada, ante la ironía del azar?

X.

En esos momentos de calentura y de desesperación que se apoderaban de él, Roberto pensaba en aquel pedazo de tierra, en Périgord, en donde quizá se albergaba la dicha de que él carecía; se preguntaba seriamente si no era mejor vivir á la sombra de los castaños, bajo las frescas ramas de las encinas. Tenía vivos deseos de irse allí y respirar el aire puro; abrazar al tío Germán, contárselo todo, y pedirle consejo. ¡Qué alegría! Pero París le retenía. ¡Tenía tanto á qué atender, tantos compromisos políticos adquiridos! Dejó ir pasando los días, y al fin se quedó. Una mañana, al levantarse de su cama, oyó que alguien llegaba á su puerta. Al abrirla, retrocedió sorprendido: era el tío Germán quien estaba allí. Roberto se arrojó á su cuello, y sintió que los brazos del anciano le estrechaban fuertemente.

—¡Ah! ¿Y no me habéis escrito?—le dijo.

—He querido sorprenderte (dijo el tío Germán.) ¡Una sorpresa agradable! ¿Tú no sabes que vengo á comerciar á París! ¡Oh, á comerciar; yo me entiendo! ¡Mi pobre Roberto, estoy completamente arruinado! (Tomó una silla,

y se sentó alegremente.) Pero arruinado por completo. No he sabido nunca contar; es cualidad que no tengo. ¡El dinero se va! Él inventó el vapor antes que Fulton. No me queda ni un cuarto, y tengo á tu prima á quien sostener. La he traído conmigo á París.

—¡Á París!

—No ha venido conmigo aquí, por la sencilla razón de que no sabía si te encontraría solo. Ya la verás. ¡Es un ángel! Yo la adoro, y si no puedo hacerla rica, trataré al menos de hacerla dichosa. En medio de todas mis locuras, he tenido una productiva: mi pasión por las medallas. Mi colección es soberbia. Vengo á venderla, y con esto mi Enriqueta tendrá un dote. Quizá (añadió el tío, guiñando los ojos) encuentre un hombre de talento que sepa apreciar lo que vale una joven educada por mí, y por poco que él sepa ingeniarse, podrían ser dichosos y afortunados. ¿Qué tal encuentras mi idea?

—¡Excelente!

—¡No hay como los locos para arreglar los asuntos con cordura!

—¡Pero, Dios mío, vuestras medallas; vender vuestras medallas!....

—¡Bah! Empezaré á reunir una colección nueva; seré más económico, y las buscaré con más asiduidad.

La idea de vender su colección, que para un coleccionista es el sacrificio de Abraham, le ocurrió un día en que su Enriqueta, inclinada sobre la galería de la Panouze, vió pasar una boda de gente obrera (precedida de la correspondiente dulzaina), con sus chaquetas de paño azul los hombres, y las sayas encarnadas de los días de fiesta las mujeres. Hasta entonces no había pensado en que la niña era ya una mujer. Una honesta ojeada echada sobre los novios, contemplando su dicha, hizo adivinar á Germán que la vida en una aldea, encerrada siempre en una vieja casa de campo y viviendo con un maniático, no podía satisfacer á Enriqueta. La pobre no había dejado nunca aquella grande y fría casa, de habitaciones tan mal acondicionadas, que entraba el viento por todas partes, y sin embargo llena de cariñosos recuerdos para ella. Había pasado allí su vida tranquila y poco accidentada. Cuando niña, jugaba en la galería, desde donde se descubrían á lo lejos la ciudad, los tejados de la iglesia y los caseríos con sus frondosos árboles. ¡Cuántas veces, sentándose á la sombra de un copudo saúco, jugando con el gatito en la falda, escuchaba el cántico de los pajarillos y aplastaba el negro fruto que caía del árbol, ensuciándose las manos y la cara! ¡Y cuántas el tío Germán la reñía, limpiándole las mejillas, que

parecían estar todas manchadas de tinta! Lo que más divertía á la niña era la gran carretera que se veía lo lejos, formando una ancha faja en que se cruzaban los carros con el chillido de sus goznes, las gentes á caballo galopando, los perros de los cazadores que corrían de un lado para otro, y éstos con la escopeta al brazo. Los días de mercado, en que la multitud se amontonaba, eran días de fiesta para Enriqueta. En esos días, la gente de las aldeas pasaba llevando ante sí los carneros marcados de rojo, los cerdos gruñendo y los patos y ocas en grandes racimos, chillando y batiendo las alas. Además, tenía sus gallinas y sus conejos, para los que recogía las hojas de las viñas. Tenía el cuidado de colocar por la noche, al lado del fuego, los pollitos de las gallinas de Indias, que sentían mucho el frío. El tío Germán se frotaba las manos, persuadido de que el cariño á los animalitos y á la naturaleza la crearían un dichoso porvenir. Á los siete años, aún no sabía leer ni escribir, pero conocía muchas cosas y tenía muy buen sentido para todo: el tío, sin embargo, se decidió á instruirla. Le enseñó el alfabeto del *Diccionario filosófico*. Cuando la enseñó á escribir, la hacía copiar en sus cuadernos pasajes de Voltaire. La niña *digería* como podía todo aquello. Llegó la edad de la primera comunión.

El cura visitó al señor Germán Burat, llevándole á la niña el catecismo; pero el tío, que le tomaba las lecciones, se impacientaba muchas veces. Después de todo (se decía), ella elegirá cuando sea mayor. Enriqueta hizo la primera comunión. Estaba alegre y hermosa con el blanco traje que le habían hecho para aquel solemne acontecimiento; pero al acercarse al altar para recibir la comunión, una ligera palidez se apoderó de ella; el tío Germán, perdiendo la vista, creyó desvanecerse; y ahogando en su garganta un sollozo, sacó su pañuelo del bolsillo, é hizo como que se sonaba para enjugar sus lágrimas sin ser visto. Tuvieron una gran comida cuando llegaron á Montravel, y á los postres dijo á la niña que cantase.

—No sé más que cánticos de iglesia.

—Pues bien: canta (dijo el tío). ¡Es preciso hacer alguna penitencia!

La animó, hasta que consiguió que cantara. Germán Burat tenía la costumbre de dormir en una hamaca, y se esforzaba en convencer á los demás de que esto era lo más higiénico. Tenía empeño en que Enriqueta se acostara en otra. Trató en vano de convencerla, y tuvo que desistir de su propósito. Si Enriqueta hubiera quemado la hamaca de su tío, éste hubiera adquirido de nuevo la costumbre de dor-

mir en su cama. La niña estaba en aquella casa completamente libre. Germán no quería de ningún modo que pesara sobre su conciencia el haberla coartado en su libertad. La naturaleza, según él creía, era la mejor institutriz. Enriqueta tenía á su alcance obras tan libres, que tan sólo en ver sus grabados había peligro. El tío Germán no se tomaba la molestia de ocultar aquellas obras, dejando, como suele decirse, el grano al lado del pájaro; Enriqueta estaba en libertad de elegir. Sabía discurrir, y una especie de instinto la hacía huir de los peligros. No abría más que los libros buenos: su mejor libro, sin saberlo él y á pesar de su sistema, era su mismo tío. Ella le hacía hablar, le preguntaba á propósito de todo, preguntas que no había acabado él de satisfacer, cuando la joven había conocido ya su exageración; entonces se reían y discutían. Admiraba ver aquella blanca y respetable cabeza discutir con la pequeñita pero inteligente de la niña.

Enriqueta había querido aprender á conocer las medallas. Germán se regocijó mucho cuando le manifestó tal deseo. La llevaba muchas veces consigo en sus excursiones á Bergerac y á Périgueux, á buscar y comprar entre los aldeanos aquellos objetos. De regreso, cuando colocaban en la colección sus nuevos hallazgos, era la niña la que escribía las etiquetas,

y con aire de triunfo las colocaba en la caja en que se encerraban tan preciosos objetos. Un día hubo una alegría inmensa en aquella casa, á consecuencia de haber traído la niña un escudo de seis libras de Colonne, que encontró en el cajón de la mesa de un veterinario, y que entregó al tío llena de alegría.

Este hallazgo dió mucha importancia y mucho más valor á la colección. Los caprichos le habían costado más que su pasión; aunque las compras de estas medallas habían hecho emplear al tío Germán una buena parte de su capital, no era esto solo la causa del quebranto de su pequeña fortuna. Algunas veces le ocurría la idea de poner una mesa, donde daba de comer á todos los aldeanos de los alrededores, entreteniéndoles con sus discursos.

Y después de los postres se iban ebrios de su moral y con sus vinos. Cuando no le daba por esto, hacía echar un bando al pregonero del pueblo, manifestando á los pobres que toda la leña seca de su propiedad se la dejaba para ellos durante un año. El pueblo entraba libremente en ella, y cargaba de leña á su placer, cortando la madera verde cuando ya habían agotado la seca. Referían esto á aquel hombre original, y contestaba que decididamente la naturaleza humana era perversa, y que era urgente instruir á los aldeanos para

combatir sus malos instintos. Después se reía alegremente. Otras veces daba fiestas, invitando á las personas más importantes de Montravel, y haciendo que bailasen las señoras y las muchachas, organizaba tombolas que le costaban siempre el dinero. Cuando había pasado tres meses haciendo estos gastos, decía á Enriqueta con tono grave:—«Todos estos gastos son una tontería, y lo peor de todo es que no estoy arrepentido de ello; ¡pero hay necesidad de todo eso! ¿Qué necesita el hombre para vivir? Pan, agua y una cebolla».

Enriqueta había insistido bastante en hacerle comprender las consecuencias que traen esos gastos inútiles. Él se sometía á un régimen económico durante algunos días. En seguida, y en cuanto veía algún comerciante en pequeño que no tenía venta, le compraba cuanto tenía en el comercio, y distribuía lo comprado entre los obreros. Después entraba en su casa murmurando alguna catilinaria contra los pródigos. Cuando estaba de buen humor, y su sobrina le hacía reflexiones:

—¡Bah! (decía.) El mundo está demasiado cuerdo, y necesita alguno que otro loco que rompa su monotonía.

Pero este mismo hombre de imaginación tan singular, y satisfaciendo á diestro y siniestro todos sus caprichos, aun cuando fuesen los

más descabellados, era un hombre sin piedad para los viciosos. Cogió por el cuello en una ocasión á un petulante de la ciudad que había dejado plantada á la hija de uno de sus arrendatarios, y le obligó á casarse con ella, decidido á pegarle un tiro si no lo hubiera hecho. Otro día, á media noche, fueron á decirle que unos salteadores habían entrado y estaban saqueando en la granja de un vecino que estaba ausente. Cogió un par de pistolas y fué allá, parándose en medio del camino por donde habían de pasar los ladrones. Éstos eran seis, y llevaban un carro de trigo, que era lo que constituía el robo. Dos de ellos iban armados de horquillas de labrador, otro llevaba una carabina, y todos cuchillos. El tío Germán les amenazó con que les iba á levantar la tapa de los sesos; les hizo retroceder y dejar el trigo en la granja, pasando él la noche al raso sobre una meda de avena, cuidando de los bienes de otro.

Quando Enriqueta le veía salir, ya sabía que ocurría algún accidente. Sabía también que estaba siempre dispuesto á hacer una quijotada; así es que le seguía, evitando con esto muchas veces las querellas, suavizando las violencias de su tío, y mediando en todas las cuestiones hasta calmar los ánimos. Una educación tan extraña y tan excéntrica debía hacer de la niña una persona más apta para la

labranza que para un salón; pero Enriqueta había nacido mujer para todo: era tímida, de carácter muy dulce, buena, sumisa, y un poco pensadora; pero no dejaba al pensamiento tiempo para influir en ella hasta el punto de hacerla perder la razón en la inocencia. Pensaba como una mujer de su casa; concluidas sus tareas del día, se transportaba al cielo azul del ideal. Su singular actividad le daba tiempo para todo; leía, cosía, y lo recorría todo; vigilaba la comida de los trabajadores, y echaba una ojeada á la mesa que para éstos se disponía. Jugaba con los niñitos de la granjera; les tendía los brazos sonriendo; llamaba al niño más pequeño, que iba hacia ella medio cayéndose, y algunas veces rodando. Cuidaba al tío Germán con esmero, y le daba cuenta de todo; tomaba parte en los disgustos de éste, y lo pasaba mal cuando venía irritado por haber sostenido alguna disputa en Montravel, participando de su alegría cuando entraba en casa cantando victoria por haber conquistado alguna medalla rara. Numeraba éstas, y se enfadaba con el tío cuando hacía alguna locura, no insistiendo al reflexionar que el dinero era de él, y que podía gastarlo á su gusto. Jamás la había ocurrido la idea de que ella tuviera derecho á reprocharle. Enriqueta adoraba á aquel hombre que constituía toda su

familia. Se acordaba de sus difuntos padres rara vez. En toda su vida no había visto más que la sonriente y seca fisonomía del tío Germán. Sin embargo, muchas veces se paraba delante de la gran chimenea de la sala del comedor, en la que se consumía siempre algún tronco de árbol, y en la cual estaba colgado el retrato de su abuelo con la peluca empolvada. Miraba también dos diminutas marcas y dos fechas en el rincón de la chimenea, una enfrente de otra. Estas pequeñas señales, que parecían casi misteriosas, le recordaban un tiempo para ella ya lejano. Un día, Roberto, «el pequeño Roberto», como decía el tío Germán, se paró allí, en la chimenea, al lado de la pared, derecho como un junco, y el tío Germán le midió, señalando la talla con un cuchillo y poniendo la fecha del día. Enfrente estaba la marca que señalaba la talla de la pequeña Enriqueta en el mismo día. La joven permanecía allí mirando aquellas líneas, un poco borrosas ya, pensando en el que la había cogido por la mano y arrimado á la pared para ser medida: Roberto, que desde entonces no había vuelto á la Panouze más que durante las vacaciones del verano. Este recuerdo estaba grabado en su memoria como uno de los más felices de su infancia. Se acordaba también de haber visto correr á su primo

tras de las lagartijas sobre las paredes calcinadas, sin olvidar tampoco una canción que su primo acostumbraba á cantar, ni los golpes que la daba algunas veces. «Yo era muy mala entonces», —decía.—El único recuerdo que tenía de su viaje á París, era el de aquel joven triste, pálido y delgado, que iba á vivir en un cuarto tan frío en la calle de Correos. Cuando hablaba de él con el tío Germán, su voz era insegura. Preguntaba á su tío, á veces con inquieta expresión: «¿Crees que piensa en nosotros?» —«¡Ah! Por lo menos, le sobra tiempo para ello, —contestaba el tío, encogiéndose de hombros. Y la niña, tan alegre de ordinario, se quedaba triste. El tío no veía nada de aquello; pensaba en otras cosas. Enriqueta tenía diez y ocho años, y éste no se daba cuenta de ello. Un día recapacitó, y se golpeó la frente, como asombrado de no haber parado mientes antes en ello. La sentó sobre sus rodillas, y le preguntó si pensaba en casarse. La joven, por cuya imaginación no había pasado tal pensamiento, le contestó con franqueza é ingenuidad: «No», fijando su inteligente mirada en su tío. Él quiso probarla, y la fué nombrando uno por uno todos los jóvenes de mejores condiciones para el caso, de Montravel. Enriqueta sonreía, y seguía contestándole con voz segura: «No».

—«Pues hija (dijo el tío), examínate tú misma; tu contestura no es para quedarte soltera. ¡Eres tan bonita, como hermoso es tu corazón!» Enriqueta, en efecto, era muy bien formada; tenía unos magníficos cabellos negros que adornaban su inteligente fisonomía, que, con su prominente pecho y armoniosos contornos, formaban un todo admirable. Era muy reflexiva y pensadora y de mirada inteligente. Además, su andar, su manera de ser y sus sentimientos de pudor, la hacían digna de un marido que supiese comprenderla. Respiraba la vida del campo con voluptuosidad, pareciendo más bien una hermosa flor que un buen fruto. Era capaz de ser amiga y amante y de prodigar sus cuidados al marido más exigente, pues había hecho el aprendizaje de la vida con esos cuidados que forman á la madre y á la mujer de su casa.

—¿Acaso crees que no te conozco? (decía el tío Germán.) Las mujeres que reúnen tus cualidades no han nacido ciertamente para permanecer solteras. No se cuentan jamás por docenas las que quedan sin casarse. Yo quisiera para ti un marido como ese diablo de Roberto, capaz de hacer la felicidad de cualquier muchacha. Germán nombró á su sobrino casi sin darse cuenta de ello. Pero un involuntario movimiento de Enriqueta despertó su atención.

Se puso á mirarla con fijeza, reparando que había desaparecido la sonrisa de sus labios y que se habían coloreado sus mejillas. El tío sabía disimular. Se puso á hablar de Roberto, estudiando al propio tiempo y con gran disimulo la fisonomía de Enriqueta. Su admiración fué grande al encontrar en un corazón tan joven una afección tan profunda por aquel que no era para ella más que un recuerdo. No pensaba que aquel recuerdo había podido ser profundamente guardado, creciendo á la par que ella en su soledad. Pasados algunos minutos, Germán rompió bruscamente la conversación. Se subió á su cuarto, con pretexto de catalogar una ó dos medallas; pero en realidad, con la sola idea de estar á solas para reflexionar sobre esto. La ventana de su cuarto daba sobre la galería, y como estaba abierta, fué á cerrarla, y vió á Enriqueta que salía de la sala, dirigiéndose muy pensativa á uno de los bancos, en donde se sentó, recostándose sobre la pared de la galería.

— ¡El diablo se lleve á estas jóvenes de ahora! (pensó.) El fuego del amor hace brecha en sus corazones con facilidad, y un día aparecen ardiendo en un fuego devorador, cuando uno no piensa siquiera en que pueda existir una chispa. ¡Bah! Después de todo (dijo, separándose de la ventana), no está prohibido

que los primos se amen. Se sentó en su sillón de brazos, con las manos colocadas sobre éstos, con los pies extendidos, mirando pensativo la gran plancha de zinc que tantas veces había contemplado! Movió la cabeza primero con lentitud, y después, con más viveza, como si algún pensamiento hubiera asaltado su mente, su fisonomía se despejó, pareciendo sonreír hasta las arrugas de su cara. Se descubría en sus labios una maliciosa y alegre sonrisa, y golpeaba el brazo del sillón con sus dedos, como para tocar una marcha que le inspirara la buena idea que acababa de ocurrirle. Mientras más reflexionaba acerca de ello, más contento parecía de esta idea, que era la de casar á Roberto con Enriqueta. Este proyecto no era nuevo en él, aun cuando no hubiera pensado en serio llevarle á cabo.—«¡Sí (se decía), con tal de que él no esté ya enamorado de otra mujer!» Esta idea le ponía fuera de sí; pero la desechara en seguida por parecerle imposible. Evidentemente, tanto para el tío como para el sobrino, no podía existir otra mujer en el mundo que Enriqueta. Este pensamiento le parecía tan natural, como descabellado cualquiera otro.

— ¿Pero cómo, viejo imbécil, cómo no has pensado antes en esto?

Al mismo tiempo que la idea de este casa-